

Don Julio y la historia de España

Pocos temas sustantivos de la historia de España han dejado de ser abordados por la pluma, siempre bien abastada de saberes, de Caro Baroja. Aunque él haya roto muchas y recias lanzas contra el casticismo puede incluirse por más de un motivo entre los autores más señeros de tal género. Salvo Italia y lo italiano, sus excursiones fuera de la península, tanto en el plano personal como en el científico, han sido escasas, y su puesta al día bibliográfica es «intemporal», basada más en el conocimiento —a menudo profundo y, a veces, envidiable— de los autores clásicos de las humanidades y disciplinas sociales, que en el de los rigurosamente coetáneos. Pero su adscripción a dicha categoría de escritores proviene fundamentalmente de las cuestiones más frecuentadas por su pluma y, sobre todo, de las metas que persigue y el «mensaje» a que aspira.

España se presenta al último polígrafo quizá de nuestra historia literaria como el reino de la diversidad, y su cultura como un fenómeno plural. Lo español en su dimensión geográfica, antropológica e histórica ha sido en todo momento el objeto del incansable y asombroso, en cantidad y calidad, trabajo de don Julio. Nada de lo hispano le es ajeno. La meseta y la periferia, el matrimonio, y Avicena y Giner de los Ríos, todo ha despertado el interés de este espíritu tremante e intelectualmente andariego. Incluso cuando ha hecho alguna incursión por otras latitudes como la sahariana ha sido, en definitiva, lo español lo que movía su incesable curiosidad. Claro es que hay materias o solares que han suscitado en su ánimo una atención privilegiada. En uno de nuestros libros —*La visión de Andalucía*, Granada, 1983— hemos analizado con cierto detalle su «obsesión» por el Mediodía, cuna de su progenitor. Pero otro tanto podía decirse del País Vasco, Navarra y aun de su Castilla natal. Para el vuelo todavía sin reposo —y

por muchos años!— de su minerva, no existen fronteras para esculcar en todos los recovecos y entretelas de nuestro paisaje físico e inmaterial.

Aunque haya reivindicado, al igual que otros espíritus de su linaje, el estatuto de residente privilegiado en todos los campos de la república libre de las letras (y aun podría decirse de las artes, dada no sólo la erudición demostrada en ellas, sino también la destreza manual manifestada por este más que notable acuarelista), ha legado a la historiografía nacional una obra de considerables proporciones y consistencia. Ésta abarca todas las épocas del pasado hispano, pero de modo singular, el moderno y contemporáneo, con catas muy penetrantes y enjundiosas en la Antigüedad y Edad Media. Bien que, como expusimos hace tiempo en otro lugar —*Páginas de Historia y Literatura Contemporáneas* (Madrid, 1985)—, no nos sintamos convencidos por su argumentación, ¿quién podrá negar el sorprendente manejo de cronistas y autores medievales en los que se basa esencialmente su alegato contra los «caracteres nacionales»? De igual modo, su habitual *vis polemica* no es obstáculo para admirar el ancho caudal de su información respecto a las facetas más intrincadas del Santo Oficio y de las «vidas mágicas» de las que el famoso Tribunal de la Fe se encargaba con preferencia. Literatura, legislación, sociología, todo es removido por su pluma, un poco extraviada, a las veces, del camino real y errante por atajos y vericuetos para regocijo casi siempre de sus lectores. La más ciclópea y ambiciosa de sus obras (*Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, 3 vols., 1962) manifiesta también en alto grado el tesoro de una erudición depurada en casi todas las dimensiones de los períodos austríaco y borbónico. Un lustro antes, y también en Madrid, había salido de su pluma, indeciblemente imantada por la España «secreta» y marginada, una monografía de altos quilates, *Los moriscos del reino de Granada*, que conserva todavía utilidad en una parcela intensamente cultivada por la historiografía ulterior.

La tarea desplegada por don Julio en el terreno del ayer más inmediato de nuestra historia se ha encauzado, de ordinario, por otras roderas a las seguidas en períodos más remotos. Sus estudios son aquí de factura menos enciclopédica y de vuelo más reducido, sin que ello, naturalmente, ataña para nada a su valía. La etopeya es uno de sus caminos predilectos para adentrarse en muchas parcelas de la trayectoria contemporánea de nuestro país. Influidos por Plutarco, Carlyle y por los grandes retratistas franceses del corte de Saint-Simon o del cardenal de Retz, Caro Baroja ha alcanzado en la semblanza una perfección inimitable. Su galería es la más vasta de todo el siglo XX y quizá de toda la historia literaria peninsular. Ninguno de los seres que poblaron el rico universo de su niñez y adolescencia han dejado un hueco en lo que pudiéramos denominar museo universal de los

españoles de su tiempo. Esa obra maestra del género que es *Los Baroja* está cuajada de retratos de familiares, maestros y compañeros, todos trazados con pincel fuerte y creador, sin concesión al tópico ni el convencionalismo. (Recuérdese, por ejemplo, el aguafuerte del acreditado penalista Luis Jiménez de Asúa.)

Antes y después de este libro señero, las semblanzas se apoderan de casi todas las páginas escritas por Caro Baroja acerca de la contemporaneidad española. En ocasiones, de manera recurrente, como es el caso de Manuel Gómez Moreno, Ramón Carande, José María Barandiarán, Azaña, Unamuno u Ortega, de quien fuera muy querido. Quizá sea el volumen *Semblanzas ideales* (Con una del autor por Davydd Greenwood, profesor de la Universidad de Cornell), Madrid, 1972, donde dicha recurrencia sea más dilatada y en el que aparezcan retazos más inéditos en un cañamazo bordado ya en varias ocasiones. Tal sucede, v. gr., con el más famoso de sus familiares, su tío el novelista, sobre el que estampa cosas tan interesantes e iluminadoras como éstas: «Yo sospecho que mi tío había venido muy tarde al mundo. No era, como han dicho algunos, un epígono del siglo XIX, una especie de 'posromántico', sino que, por la mayoría de sus gustos y sus ideas era más bien una 'preerromántico', un hombre que hubiera vivido a gusto en la época napoleónica, asistiendo a los estrenos de las óperas, hablando de Filosofía con un sentido aun dieciochesco y buscando pintar con sobriedad, pero con color, las pasiones humanas. Sólo el medio en que vivió le dio otra cosa. Pero en cuanto pudo se sumergió en aquella época [...] A diferencia de otras gentes de su época, mi tío adoptó, casi siempre, el tono menor [...] En cambio, la generalidad de los hombres importantes en las letras españolas, contemporáneos suyos, procuraron entrar en la vida pública y sacar beneficios de ella. Mi tío no tuvo jamás la idea de que él, como escritor importante, podía sacar algo de 'España' o, mejor dicho, del estado español. Para él el estado era un mal, el dinero era otro: males necesarios si se quiere, pero no por eso menores [...] Era un nórdico entre meridionales. Mas ésta es también la causa de que muchos extranjeros, europeos, del norte, no hayan sentido atracción por él, porque cuando se viene al sur, se buscan cosas propias del sur [...] Así vivió y escribió más descentrado que nadie y buscó refugio en la soledad. Incluso las personas que venían a casa con idea de solidarizarse con él quedaban desconcertadas. Porque esperaban encontrar un hombre apocalíptico y se hallaban con un escéptico [...] Les sorprendía la simplicidad del trato, la amabilidad y hasta la tendencia a dejar que el visitante hablara más que el visitado. También les llamaba la atención la indiferencia absoluta que sentía por algunos problemas [...] ¿Qué preocupaba entonces normalmente a mi tío, de modo cardinal? La masa de los hombres y las

mujeres, de los ambientes y de las sensaciones. Aquello, en fin, que queda inadvertido para la generalidad, pero que siempre ha constituido la médula del arte novelesco» (40-43).

Tan atraído se siente Caro Baroja por la etopeya que ha llegado a reflexionar largamente en dos ocasiones sobre la biografía y la literatura memorialística. Sus conclusiones admiten amplias discrepancias y sus consideraciones quizá no quepa incluirlas entre los textos más logrados del escritor, lo cual no es óbice para deleitarse con la aplicación —o, mejor dicho, con la encarnación— de sus teorías. Sean cuales fueren sus bases doctrinales, el método de articular parte de los capítulos decisivos del pasado más reciente en torno a algunas de sus personalidades más descolantes resulta inatacable, en especial, a la vista de los resultados obtenidos a través de tal orientación.

Espíritu de conformación primordialmente dieciochesca, la dialéctica religiosidad-secularización ha imantado también las indagaciones de Caro Baroja por el territorio de la contemporaneidad. Englobado en el tema más amplio —e igualmente de eco poderoso en su obra— de tradición y progreso, dicha confrontación ha nucleado buena parte de los numerosos trabajos del autor de *El Carnaval (Análisis histórico-cultural)* (Madrid, 1965), sobre las diversiones y los modos de celebrarse las festividades religiosas de mayor impacto popular en la España de las últimas centurias.

Mediante unas y otras es posible rastrear una de las pistas más importantes para reconstruir en nuestro país el tránsito de la sociedad sacral a la profana. Para nuestro autor, la religión o, más exactamente, el catolicismo ha sido el componente medular de la convivencia hispana y todas las investigaciones para el esclarecimiento de ese pasado deben tener uno de sus puntos de partida en tal presupuesto: «La 'democracia frailuna' de fines del XVIII y comienzos del XIX era algo *básico* en la vida social de gran parte de España. Pero lo que Menéndez Pelayo llamó así no pasa de ser una elucubración política, que poco tiene que ver con la política del Estado español del siglo XVII. Sólo las desamortizaciones quebraron y aun destruyeron la influencia de los frailes sobre el pueblo (y del pueblo sobre los frailes) fortísima en Andalucía, a causa de la riqueza de algunos conventos, y satirizada, a veces, en algunos pliegos de cordel. Pero el que no esté en situación de observar el juego existente entre la aristocracia y el poder real, la aristocracia y la burguesía, el pueblo y las órdenes religiosas, y no vea más que sistemas de clases encontradas y abstractas dicotomías de tipo hegeliano, no entenderá nada de lo que ha ocurrido en España y otras partes a partir de las crisis del llamado Antiguo Régimen, que, con mayor propiedad habría de denominarse 'antiguos regímenes'» (*Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, 1969, 287).

Justamente a un aspecto capital de la confrontación entre religión tradicional y proceso secularizador, el anticlericalismo, consagró hace ya casi un cuarto de siglo una de sus monografías menos sólidas. Redactada muy apresuradamente por unas exigencias editoriales, que luego serían conculcadas, según suele ocurrir, por los mismos promotores, ese librito ofrece, sin embargo, algunas hipótesis sugestivas sobre ciertas manifestaciones contemporáneas del fenómeno, merecedor, sin duda, de un tratamiento, documental e interpretativo, de mayor envergadura.

En otra área de este mismo horizonte del paso de la vieja sociedad a la modernidad se encuentra el tercero de los campos roturados por el duro trabajo desplegado desde su mocedad por Caro Baroja, esto es, el de los jalones que en España han marcado el paso de la civilización agraria a la tecnocrática. En un estudio sobre el Madrid de su juventud recuerda don Julio sus vivencias «rurales» de la Villa y Corte, toda ella penetrada como en los tiempos de Galdós, por el campo. Y en su vejez, al calor de las frecuentes estancias en la Vera de sus antepasados maternos, la cultura patriarcal del solar de sus ancestros, hundida entre el cemento y la polución, viene con frecuencia a su memoria como el paraíso perdido... No dado a fáciles idealizaciones ni ensueños, la civilización campesina atesora en el pensamiento del autor de *Estudios sobre la vida tradicional española* (Barcelona, 1968, 357 pp.) talantes y representaciones del mundo dignas de permanente vigencia: «Los pueblos de España deben dejar de mirarse tanto al ombligo, desembarazarse de ideas o lugares comunes románticos y ampliar sus horizontes. Pero para esto la idea de España, la imagen de España, desenfocada y adulterada por la torpeza de políticos y estadistas recientes, tiene que volver a ser clara, diáfana, cristalina, y a los hombres de mi edad esta imagen ya no se la restituirá nadie. Esperamos, cuando menos, que los jóvenes puedan volverla a poseer como algo puro y casi sagrado». (*Una imagen del mundo perdido*, Santander, 1979, 82-3).

La coincidencia con otro gran espíritu «agrófilo», Miguel Delibes, se realiza en su caso mediante la aproximación antropológica y es lástima que en las aficiones de este *uomo universale* no figure, peraltada, la del cine para incorporar a su réquiem rural la elegía bertolucciana y de otros grandes directores cinematográficos actuales, algunos de ellos indígenas. Aunque crecientemente preocupados por los problemas de la urbanización, los contemporaneístas españoles no han mostrado hasta hodierno la debida atención a uno de los fenómenos más característicos y decisivos de la modernidad. Cuando en el ámbito mencionado llegue, dentro de poco, la hora de la interdisciplinariedad, las monografías y artículos de Caro Baroja constituirán elementos de obligada y asidua referencia. En el mundo anglosajón, los trabajos citados no han suscitado una crítica muy favorable. Pero aparte